

mar las constantes identificadas: la población de Dosquebradas, que, como asentamiento "acentrado", creció como complemento de la ciudad de Pereira.

Un área de indagación que enriquece las dos anteriores es la búsqueda de la opinión del habitante, de los usuarios de los espacios analizados, con miras a identificar el uso y el significado que los pobladores perciben, la mayor parte de las veces de manera inconsciente. A este respecto, los resultados muestran una preponderancia (60%) del uso recreativo entendido como espacio para el descanso, para la reunión y para la distracción. Su uso, además, se realiza durante todos los días de la semana (56% de los encuestados); y a lo largo del día y durante algunas horas de la noche, sin mayor preponderancia para los encuestados (35% y 24%, respectivamente). En relación con el aprecio que se tiene por los espacios públicos motivo de la indagación, el 73% de la población encuestada manifiesta su gusto por dichos espacios; este aprecio tiene variaciones en relación con el tamaño de las poblaciones, con la zona altitudinal en que se localiza y con el estrato socioeconómico de los usuarios. Otra serie de indagaciones sobre la percepción y valoración de los espacios públicos muestran variadas facetas que enriquecen de una forma significativa esta indagación.

En las conclusiones, el autor enfatiza la polaridad de lo público y lo privado dado que "una apropiada relación entre ambos es premisa necesaria para su adecuado funcionamiento". Como resultado, es posible establecer los marcos de referencia para valorar en su verdadera dimensión el espacio público para los sectores, actividades y pobladores en distintos niveles pero con igual significación para la comprensión de la ciudad. Se complementan estas conclusiones con algunas reflexiones sobre la forma geométrica presente en la conformación de los espacios públicos, sobre el uso de las calles, de las plazas, de los parques y, como noción integral, el uso de la ciudad cafetera que puede representar una

categoría muy particular dentro del contexto colombiano. Y, en paralelo al uso, el tema de la significación de las calles, de las plazas, de los parques y, por ende, de la ciudad cafetera.

De la ciudad y su espacio público es una cuidadosa y certera indagación sobre el valor de la noción de lugar que fue concretada por los colonizadores del siglo XIX y los habitantes del siglo XX sobre una agreste topografía en la cordillera Central colombiana. Esos lugares que aparecieron como centros de referencia para los campesinos de distintos recintos geográficos, quienes, en su constante trasegar, complementaron en forma de calles, pausadamente al paso de sus recorridos, de su ir y venir durante años, decenios y centurias. Hoy día, consolidados en plazas, parques y calles que configuran pueblos y ciudades que muestran un especial dinamismo en aquellos sectores que la tradición comercial y colectiva precisó como los de mayor jerarquía y que muestran al visitante lo mejor y más característico de la cultura cafetera.

JORGE CABALLERO

De cómo del resentimiento y la gastritis surgen los grandes caudillos

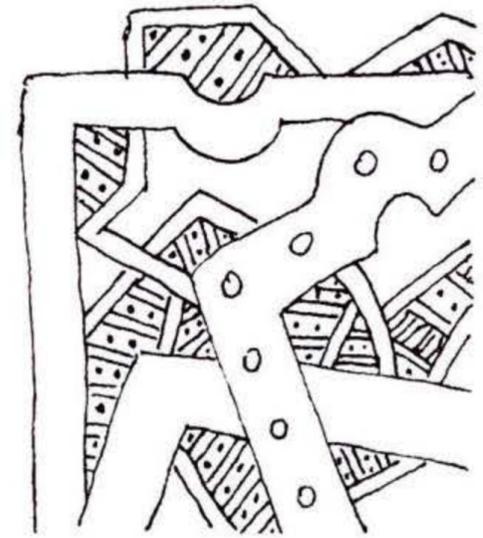
Gaitán: Autobiografía de un pueblo

Alberto Zalamea

Zalamea Fajardo Editores, Bogotá, 1999. 472 págs.

No sé si este libro pueda recibir con justicia el subtítulo de *Autobiografía*. En cualquier caso, es a la vez mucho más y mucho menos que una biografía del caudillo liberal. Sería mejor decir que es la crónica periódica de multitud de hechos que sucedieron en este país en la primera cincuentena del siglo XX, con una

buena ración de comentarios de corte político y una buena dosis de retórica (por momentos nos sentimos sumergidos dentro del gran Burundún Burundá de Jorge Zalamea y vemos ese "karkaj ideológico" del que nos habla en alguna parte del libro, cuando no a veces en el ocasional desliz de llamar al héroe "un arcángel").

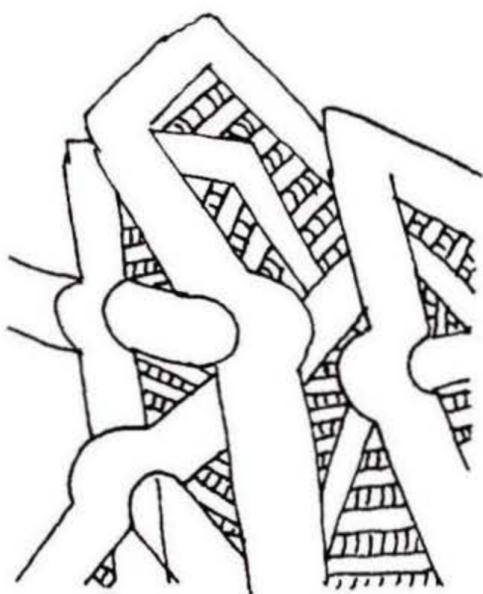


Con esa fuerte carga de retórica, podría pensarse que deploro la existencia de este libro, pero no es así; por el contrario, la alabo y celebro con cierto entusiasmo. Creo que es bueno que en este país existan intelectuales de la talla de Zalamea, haciendo historia de nuestro periodismo y de nuestra política con altura, cosa que tan pocos hacen.

Deshilvanado, aunque salpicado de anécdotas, el libro va saltando épocas, desmenuzando más bien ideas, historiando conceptos y conflictos políticos, comparando hechos de la vida diaria, tratando de descubrir en los detalles, en papeles olvidados en los archivos, en telegramas y notas, en cartas que supuestamente son de amor, al hombre profundo que había en Gaitán en un estilo que trata de emparejarse con las biografías psicológicas de Stefan Zweig o con las admirables de André Maurois, con algo de Lucien Febvre como historiador de las ideas y algo de Gore Vidal en el trazo de su cuadro inmenso de la historia de los Estados Unidos.

La biografía de Gaitán, dice Zalamea, es la autobiografía de un pueblo, de manera que se dedicará a trazar la biografía de ese pueblo.

Es así como desde el principio nos sumerge en el aspecto puramente humano del personaje, los resfriados, la gimnasia sueca, que ha traído probablemente de Italia a gentes que ignoran, muchos años después, que el inventor de las fastidiosas clases de gimnasia en los colegios —el grande y dudoso aporte que dejó en última instancia a la humanidad— no fue otro que Benito Mussolini, los menurjes de huevo crudo y jugo de naranja como combustible oratorio, su gusto por los carros lujosos, todos esos detalles elementales de la vida.



Y me parece descubrir que quizá el hecho más importante de la vida de Gaitán fuera ese ardor gástrico que padeció desde los veinte años, una de esas dolencias insoportables que impulsan al sacrificio, a arriesgar la vida en cualquier empresa, a luchar codo a codo con la muerte.

Émulo de la raza triste que bautizó Armando Solano, se nos lo presenta a Gaitán como a un “*self-made man* perfeccionista” que detesta la ficción y al que le aburren las novelas que no sean de ideas; de ahí su pasión por Dostoievski.

Pero he aquí trazado un admirable cuadro de los comienzos del siglo, del interés que despertó en Colombia el caso Dreyfus, de las pésimas condiciones de higiene y salud con las cuales se despidió el siglo XIX, una lluvia de epidemias que se agudizará con la célebre epidemia de influenza de 1919, junto con los pecados de gula y “golosería”

que absolverá el padre Almanza. En 1912, nos cuenta la crónica, la mitad de los niños nacidos en Bogotá son hijos naturales...

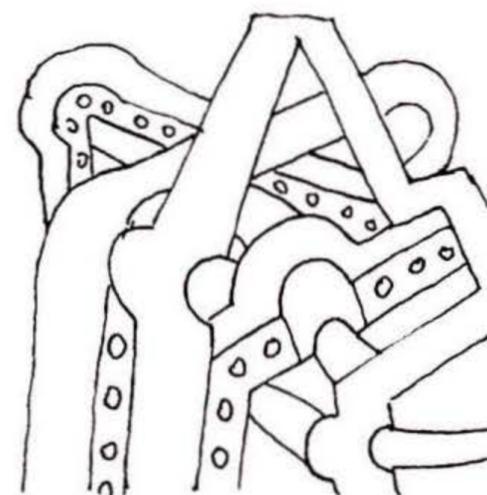
Es curioso que el autor se abstenga de mencionar a sus antepasados de Zalamea Hermanos, en la plaza de Bolívar. Hay documentos muy curiosos, como una invitación del presidente Marroquín a una reunión de amigos que tendrá por objeto, reza la tarjeta, “emplear 3 ó 4 horas en no hablar de política”. Se ha dicho que el presidente hacía acrósticos en tanto se le iba Panamá...

“El Destino Manifiesto de siempre aquí se llama Estados Unidos”, dice el autor. Por eso, a pesar de lo de Panamá, Marco Fidel Suárez ponía los ojos en el norte americano, como luego lo haría Calibán.

Lo mejor quizá en este libro es ese paseo por los periódicos de la época, ese mundo nostálgico de la emulsión de Scott y del tricófero de Barry, puesto que las principales fuentes para el Zalamea historiador son los diarios de la época, llenos de multitud de pequeños hechos que el tiempo olvidó y que salen hoy a la luz con una frescura exquisita. Son muchas las transcripciones de periódicos, sobre todo de El Tiempo, cuyos archivos, se ve de inmediato, fueron bien paladeados por el autor para elaborar este estudio. Esos datos, creo, son lo más precioso del libro. El Tiempo de la época, por cierto, era bastante retórico. En todo caso, nos queda la certidumbre, en ese entonces como hoy, de que el verdadero Diario Oficial colombiano es El Tiempo, que lo que diga El Tiempo es una especie de “verdad oficial” y que lo que no diga simplemente no existe. Aparte de eso, Zalamea acude a libros históricos igualmente pero con menos énfasis en cuanto son mucho más conocidos, salvo fuentes aisladas como *La guerra de tres años* de José María Vezga y Ávila.

Una de las agradables aportaciones de este libro a la historia nacional es la curiosísima del Panóptico, que es, “en microcosmo, la historia del país, de sus luchas, de sus escándalos, de sus mentiras, de sus tergiversaciones y sus crímenes”.

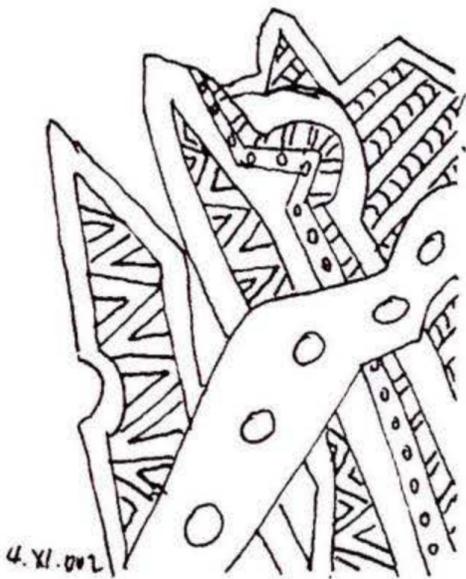
Nos sorprendemos o maravillamos cuando nos cuenta sobre el club de morfinómanos que se fundó en la ciudad en los años diez y nos deja pensando que no le falta razón al editorialista de El Tiempo cuando dice, una mañana de 1917: “Si las nuevas palabras salvaran a un país, no habrá que buscar remedios para los males de Colombia, cuya historia es una larga sucesión de desventuras enmarcadas por bellas frases y por altisonantes declaraciones”.



En 1920 El Tiempo comenta que algunas vías de la ciudad hace medio siglo están sin reparar y que son “dignas del Quindío”, “fétidos lodazales que salpican al paso de los vehículos las paredes de las casas, que presentan un aspecto horrible”. Nos entrega la nómina de la selecta sociedad bogotana, con nombres propios, lo que nos recuerda cuando Ward McCallister afirmara, hacia 1880, que la sociedad de Nueva York no constaba de más de cuatrocientas personas.

Entre tanto, crece y se prepara, y emerge finalmente, el caudillo soterrado. Cuando lee una frase que lo golpea, Gaitán la guarda cuidadosamente. Sabe que sin independencia económica no hay independencia personal. Es cuando piensa en una cadena de pequeñas droguerías. Y allí viene la historia de un gran resentimiento, cuando el Banco de Colombia se niega a prestarle trescientos pesos en 1928, en tanto a Alfonso López Pumarejo le presta quince veces más. En adelante el resentimiento no se dirigirá tanto contra el Banco como contra López.

Pero ya antes, en 1914, el ministro de Instrucción Pública le habrá negado una beca de estudios... En 1933 diría: "Mi actitud no es producto de la especulación filosófica sino producto del recuerdo que me frecuenta cuando en mis años infantiles llegaba a mi hogar y mi madre no tenía qué darme de comer...".



Especializado en derecho penal, se despierta su pasión por la obra del famoso Ferri, que en el fondo, dice el autor, era un personaje operático, y tras sus estudios en Italia, la pasión pasará a ser del maestro, según se dice, por la inteligencia de su discípulo; luego se distanciarán ante el acercamiento del célebre profesor al fascismo.

Gaitán asoma a la vida pública tras el episodio de la matanza de las bananeras de 1928, con las oscuras disculpas del ministro Rengifo, con la actuación del "atroz redentor" general Cortés Vargas, que escribiría luego en frase que hace honor a la infamia: "Ante el tercer toque de corneta, aquellos insensatos no trepidaron, como si se tratara de una burla. La clemencia así habría sido como rendir las armas". A Cortés Vargas, primero Gaitán y luego García Márquez lo condenaron a la inmortalidad, una inmortalidad de infamia. La carga de Gaitán ante el Congreso, en contra del gobierno, le dará fama cuando con oratoria feroz fulmina a los actores de este drama.

Viene luego la crónica de los días de Olaya Herrera y de Alfonso López. Y es muy curioso el desarro-

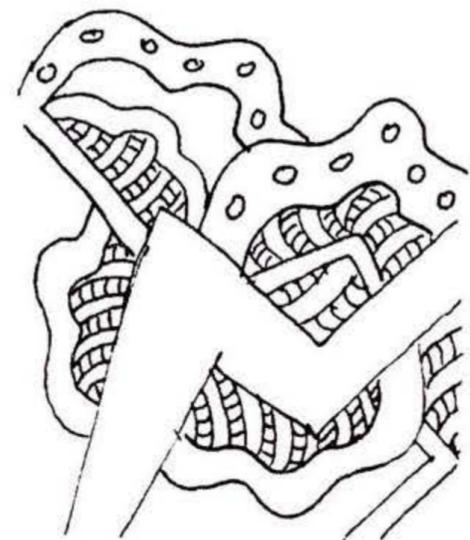
llo de esas dos personalidades paralelas, López y Gaitán, pues aunque Alberto Zalamea insiste en que sus dos grandes contradictores fueron López y "el basilisco conservador" Laureano Eleuterio Gómez Castro, éste último se difumina en el libro y sólo queda la lucha pugnaz, casi violenta, contra la personalidad y la fuerza de carácter de su copartidario Alfonso López Pumarejo, tanto que nos queda la impresión de que toda la vida de Gaitán es un esfuerzo por emular y superar a quien consideraba, no sabemos si con envidia y resentimiento mezclados de admiración, el maestro, el punto de mira, la meta de todos sus esfuerzos.

Entre líneas, me parece que Zalamea intenta disminuir un poco la importancia de López en esa carrera contra el poder y muestra entonces a Alberto Lleras como arquitecto de la concepción ideológica lopista (creo que muchos lopistas no estarán de acuerdo con ello), como el "complemento necesario del poder", o sea el verdadero cerebro detrás del trono. De Lleras dice Zalamea, en una corta frase magistral de esas que como las de Zweig retratan al personaje en una sola pincelada: "Su mayor satisfacción es la de fundir en el plomo de los linotipos un párrafo demoledor o injertar en la galera un vocablo desconocido hasta ese instante por sus millares de lectores".

Aquí es donde brilla Zalamea, en la descripción con rasgos vívidos de la situación política, como hará más adelante: "Ospina, que es un enamorado de la indecisión, gana tiempo. Sobrevivir es su consigna. Y para ello contemporizar es la carta del triunfo [...] Por un lado Ospina juega la violencia, el argumento atroz de la estolidez...".

López es un *bon viveur*, un inglés de alma, nos dice, desterrado en las Colonias. López se cambia de corbata cinco o siete veces delante de sus áulicos; temen que los tome por la solapa para constatar la mediocre calidad del paño (aunque Zalamea no lo dice, el episodio está contado por Carlos Lleras Restrepo en la *Crónica de mi propia vida*). "López

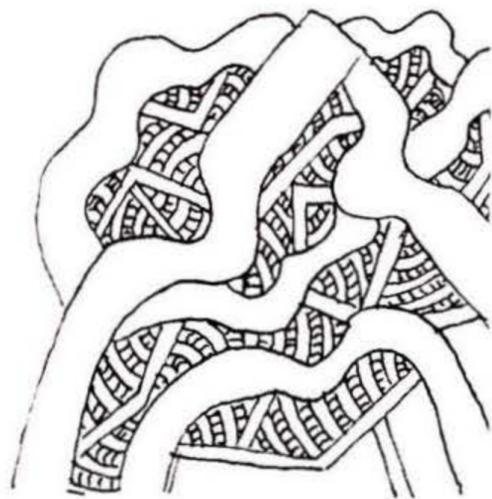
quiere ser —y lo consigue a ratos— un lord Palmerston". Su destino paradójico le hará morir en Londres como embajador de Lleras. López hace suya, dice Zalamea, una admirable frase de lord Melbourne, que merecería ser conocida por los gobernantes nuestros de hoy: "El gran deber del gobierno es prevenir el crimen y preservar los contratos". Se pregunta si Alfonso López fue un cínico sentimental o un escéptico. Yo creo, sin ser sectario y casi más conservador que liberal, que López fue mucho más que eso y que no en vano fue elegido por los lectores del *El Tiempo* como el gran colombiano del siglo.



Se tiene la idea, igualmente, de que la campaña de la "restauración moral" que inició Gaitán, iba encaminada contra López, pero Alfonso López Michelsen ha tratado de demostrar que no fue así. "Murió asesinado —dice— en circunstancias misteriosas, en lo que parece ser un magnicidio de larga gestación en el cerebro de un loco, despechado por los desdenes de una amante, a quien le prometió cobrar inolvidable estatura ante la historia...".

El libro nos regala la visión y las ideas sugerentes de López Michelsen acerca de esa rivalidad: si Gaitán no hubiera muerto y hubiese llegado a ser presidente se habría visto obligado a escoger, como Allende, entre su fidelidad de liberal a las instituciones y a las leyes y la revolución comunista pura y simple que esperaban muchos de sus electores. Tenía que haber tomado inevitable-

mente una decisión sobre el régimen de la propiedad. "Únicamente cuando los diversos grupos políticos —dice López— coinciden acerca del concepto de propiedad, las otras discrepancias pueden ventilarse por medio del debate y del diálogo". López Michelsen destaca las contradicciones que había entre el Gaitán profesor, un positivista confeso, y el Gaitán político que convocaba al pueblo a la restauración moral.



Escribió Silvio Villegas que todos tenemos la certidumbre de que nadie hubiera podido evitar la elección de Gaitán en 1950. Pareja certidumbre tenemos del Galán de 1990. Pero se atravesó un 9 de abril que fue, para Zalamea, "la venganza de los esclavos. Porque eso eran todavía millares de colombianos", más que ese "conmovedor y cómico carnaval de la miseria", que dijera Abelardo Forero Benavides o la versión jocosa de Daniel Samper: "La verdad es que el pueblo empezó pidiendo venganza, y acabó pidiendo electrodomésticos".

¿Era Gaitán comunista? Aquí también Zalamea arroja luces, diríase que definitivas, trayendo a colación una declaración que dio a un diario de Costa Rica en 1932, en la que afirma que el comunismo es inadaptable a nuestros pueblos y que no es un movimiento que armonice con nuestras tendencias. Nuestro mejoramiento estaría en lo que Gaitán llamaba "el socialismo", que no era el socialismo puro y simple como se comprendía en la época sino un engendro de su propia invención del cual nunca llegó a definir bien los parámetros.

Desde luego el autor se detiene, morosamente, en el análisis del fenómeno de los discursos de Gaitán, de ese imán que atrajo a las masas como nadie lo ha hecho en el país, aunque lo hace salpimentando con noticias de la época, tanto que a veces habla más de lo que dice El Tiempo de los discursos de Gaitán que de los discursos de Gaitán.

Gaitán era un orador de la estirpe de Demóstenes que hacía una gimnasia especial para aumentar su capacidad torácica y todo tipo de ejercicios ante el espejo. Esa oratoria en el fondo, nuevamente acierta el autor y creo que ello no ha sido debidamente reconocido, mucho debía al estudio de la obra de José Enrique Rodó. Zalamea compara los discursos de Gaitán con los momentos de histerismo de la *Electra* de Strauss. Sí. Pero cabría añadir que los del "forfeliecer" son los discursos de una *Electra* macho y chibcha.

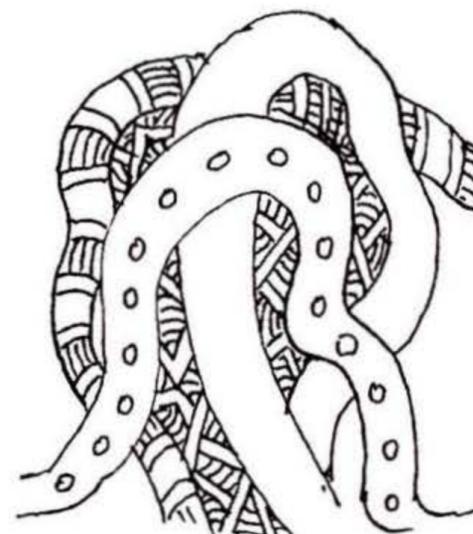
Sin embargo, no dejan de ser sorprendentes los testimonios sobre las emociones que despertaba en su auditorio. Era un seductor de multitudes, dice Villegas, un hombre contagioso. El testimonio de Milton Puentes es llamativo: "Las personas que hayan oído hablar a Gaitán varias veces, al verlo en la tribuna, momentos antes de iniciar su discurso, principian a sentir una racha nerviosa de calofrío como cuando se ve a un torero en un supremo lance de vida o de muerte frente a la peligrosa fiera que se prepara para la embestida" (pág. 388).

De esa popularidad vendría la costumbre, en una época, de bautizar Jorge Eliécer a todo el mundo en Colombia.

* * *

El autor dedica una buena parte del resto del libro a la vida amorosa de Gaitán, a la transcripción de una infinidad de cartas del caudillo, la mayor parte de ellas dirigidas a o escritas por "tu Israelita", la que sería su esposa, Amparo Jaramillo. Amparo tiene mucha inteligencia, e incluso gracia e ingenio, aunque sucumbe a veces a las tentaciones de la retórica política, como cuando llama a Teresa de Jesús "eximia pre-

hembra", quizá para impresionar al novio. Zalamea analiza las muchas cartas una vez más a la manera de un Stefan Zweig y pretende descubrir en ellas una gigantesca capacidad de afecto que a mí, lector imparcial, se me antoja no aparece por parte alguna. Algunas cartas son verdaderamente anodinas, cartas de amor que no son cartas de amor y que impondrían un más riguroso criterio de selección so pena de aburrir al lector. Alguna adquiere interés por el trasfondo, como cuando indaga acerca de la tragedia del teatro que en Medellín acabó con la vida de Jaime Barrera Parra, nuestro más grande cronista de la época y uno de los mejores de todas las épocas.



Pero a menudo Gaitán es simplemente brutal con la mujer: "Francamente, o es que las mujeres bonitas no sirven para la fotografía o que allá no hay fotógrafos". No en vano su novia le escribe: "Con ese hastío y esa neura temo te vuelvas un hombre de piedra como hay tantos". "Me duele que me digas que no siempre sientes entusiasmo por mí; en cierto modo tengo que agradecerte tu franqueza"..., y él responde: "No creas que por mi llamada de Girardot he dejado de estar bravo contigo". Aunque le añade alguna reflexión: le molesta mucho, por ejemplo, que ella no dedique cuando menos media hora diaria a hacer ejercicio: "... lo que las mujeres colombianas se niegan en su mayoría a comprender, es decir que el culto de su belleza, de su agilidad y de su vida, vale

por lo menos tanto como el culto por la belleza artificial de sí mismas". Y la insulta antes de cometer la falta: "¿De modo que tú eres de las mujeres que una vez que se han casado, que no tienen la necesidad inmediata de aparecerle bien a un hombre, se convierten en esa cosa repulsiva de descuido, gordura, mal gusto y vulgaridad física?", escribe en septiembre de 1935, para añadir, por si fuera poco: "Ya sé que me vas a regañar mucho por lo que te conté, o sea la ligera infidelidad en un *flirt* sin complicaciones de que me acusé responsable". (Creo, a propósito, que quizá haya un trueque de cartas en la edición y que la carta de la pág. 204 es respuesta a la de la pág. 206).

Amparo retrueca: "Siempre he pensado que vale más ser viejo que estar envejecido en plena juventud. A mí no me ha llegado ni llegará jamás ese hastío que casi te domina". Y le endilga la propaganda por la cual hoy le hubieran dado una buena suma de dinero: "Acostumbra para tu desayuno Ovomaltina, te convendrá mucho para el cerebro, es un gran alimento...". Y él, a su vez: "Cuéntame: ¿con la suspensión de los remedios y con los ningunos ejercicios te has vuelto a poner 'fea'?".

De toda esta información se desprenden, a mí entender, dos cosas irrefutables. La primera de ellas, que Gaitán era, como todos los colombianos de entonces y muchos de hoy, un bárbaro machista a carta cabal. Otra, que Gaitán no era en manera alguna un intelectual. Y que si lo era, no lo mostraba en sus cartas —no lo era, desde luego, con su esposa, como es apenas de esperarse— ni en sus discursos, que son invariablemente un llamado a las entrañas y no a la razón.

Claro está que otra cosa opina el autor. Para él, Gaitán es un hombre de cultura. Sobrepasa a todos sus competidores. A López, a Santos, a los dos Lleras, a Laureano. Yo sinceramente lo pongo en duda. Puede que fuera mejor orador o que tuviera más carisma, pero es difícil que fuera más culto que algunos. ¡Por lo demás la afirmación —retórica e injusta, por no decir que ingenua—

hace la petición de principio de que son los políticos los hombres más cultos de una nación!, lo cual es cuando menos un abuso de los términos y de la inteligencia del lector, a menos que el lector sea un político.



Lo que podríamos llamar la tercera parte del libro es un paseo por el "infinito archivo gaitanista". En materia de novedades inéditas, ésta es una gran obra. De ese archivo nos rondan varias ideas tras el paso del tiempo. Una de ellas es que las cartas de la gente, pidiendo favores, son importantes en un país en el que se vive en la desgracia de tener que mendigar la justicia para todas las causas porque no hay otro remedio. En esa correspondencia que merecería un estudio sociológico, la gente no suele tener pretensiones desmedidas sino que, por el contrario, ofrece lo que está en capacidad de dar. Es triste sumergirse en ese mundo de talentos desperdiciados por culpa de la politiquería y la burocracia ambiental.

Afloran episodios partidistas y de época de elecciones a través de telegramas, notas, cartas, como la guerra contra Gabriel Turbay, tan llena de intolerancia y de racismo, aunque no deja de tener tintes cómicos. Pero me pregunto: ¿vale la pena transcribir todo ese sartal de telegramas? Por lo menos ilustran sobre el clima de la época, la violencia que estaba latente y a punto de desencadenarse en el país, la tragicomedia de las luchas políticas, el humor involuntario que tanto faltó

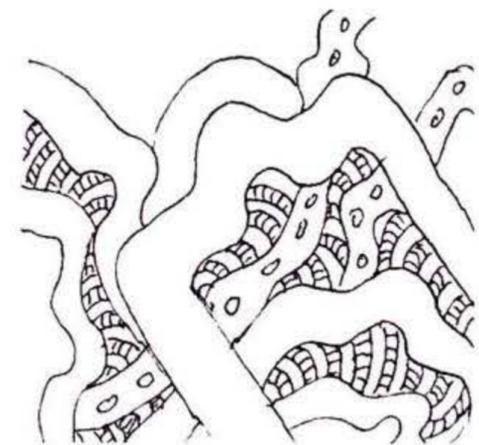
explotar para evitar tanta masacre inútil por causas de las cuales ya nadie se acuerda.

Pero aquí hay unas perlas dignas de mención. Hago, para el lector interesado en lo ridículo o en lo curioso, una brevísima antología:

"Suscrito jefe debate político encarna su nombre he fijado plaza pública cartelón en tela dice: Gaitán sí, turco no. Reunión hoy Alcaldía esta jefes turbayistas han protestado y dirigidose minigobierno. Ruégole comunicarme si ley impídeme cartelón. Servidor, Juan N. López Restrepo, Valle, mayo 3 / 1946".

O este otro: "... rechazamos candidaturas otomanas. 2500 descendientes raza catía listos luchar como nuestros antepasados hicieronlo contra el mariscal Robledo, opresor de nuestros abuelos...". Firmas de Dabeiba (Antioquia), abril 14 / 1946.

Un antioqueño le dice: "Yo primero volaré manos dinamita que traicionar corazón patria. Fervorosamente más allá de la derrota...". O esta de un ciudadano de Uramita (Antioquia): "Sin ser cacique ofrezcote mil quinientos gaitanistas convencidos comando. Si renuncias declararemos huelga hambre. Perdona confianza indio sublime".



Escribe el padre Rada, desde Ciénaga: "Pueblo colombiano, cual el romano, ha conseguido su Marco Tulio Cicerón". Alguien desde Cartago propone que una conferencia de Gaitán "sea escrita bordada pabellón nacional, modelo de coraje, símbolo de nuestra raza, puente del superhombre...". Unas mujeres de Circasia parodian a la madre de Boabdil: "Como mujeres defendimos y defen-

deremos lo que como hombres lloran hoy los turbayistas". Y no sobran los epítetos desmedidos: "Gaitán es inhumano a fuerza de lógica", decía un periódico nariñense.

Contrasta, sin embargo, la sequedad de Gaitán con la amabilidad de sus amigos, como José Camacho Carreño, quien, aunque contendiente político, le envía cartas muy amables a las cuales Gaitán contesta con un "silencio agresivo". En una le dice: "Me place que hayas delineado y demarcado tus ideas, plantando mojones entre la anarquía comunista y cierta temperada modalidad de socialismo".

De nuevo, el libro termina siendo una antología de curiosidades... Sin embargo, creo que es un material que merece mayor depuración, pues parece cuando menos impúdica la publicación de algunas de estas páginas, y otras redundantes en la multitud de mensajes de adhesión y simpatía que no tienen oficio alguno en estas páginas, por no mencionar la transcripción del menú de algún banquete.

En un rincón, hacia el final, hay un rasgo digno de mención; allí aparece Julio César Turbay haciendo su aporte normal de veinte pesos al partido, en 1948, lo cual da pie al autor para comentar que Turbay haya sido quizás "el más disciplinado de todos los miembros del liberalismo durante el siglo XX".

Me pregunto ahora si, como afirma el autor, en realidad inventó Gaitán el término "malicia indígena". Lo que sí es cierto es que acuñó en ocasiones frases memorables y alguna que no se recuerda y que sí tiene valor perdurable hace su aparición de nuevo en este libro: "Lo imposible no es sino lo difícil mirado por ojos donde no ha nacido la fe y ha muerto la esperanza".

Al final, tenemos la consabida cronología inútil que estuvo de moda a fines del milenio y la *Oración por la paz* de la manifestación del silencio del 7 de febrero de 1948, que, aunque no se crea, es un texto de difícil consecución y completamente des-

conocido por las generaciones actuales. Constató, sin embargo, que las tres o cuatro versiones que conozco son totalmente diferentes. Mi impresión es que no hay un original sino que el discurso fue reconstruido con base en los testimonios de los millares de oyentes atentos. Y que cada quien creyó oír algo distinto. En los días posteriores al asesinato, la leyenda haría el resto y añadiría o quitaría material al discurso más legendario en la historia de Colombia.

Como antología periodística y como historia, éste es un libro muy interesante. Como biografía lo es un poco menos, aunque de todos modos es un libro importante y su lectura, para quienes gusten de estos temas, me parece altamente recomendable.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Astrofísico, arquero, arquitecto, inventor, editor, marino, dibujante, traductor, publicista, periodista

Santa Eulalia:

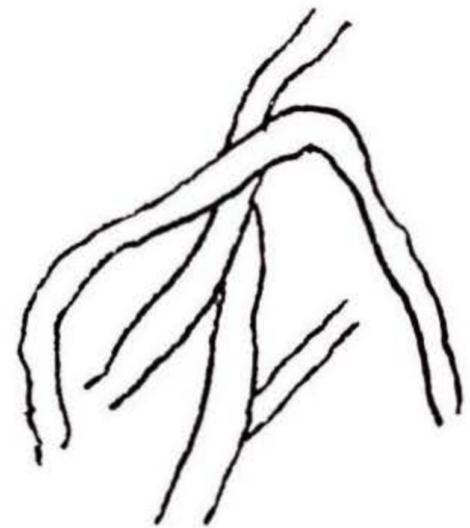
**Memorias de una casa abierta
(Biografía de Enrique Uribe White)**

Efraím Otero Ruiz

Ediciones Fondo Cultural Cafetero,
Bogotá, 1999, 95 págs.

Enrique Uribe White representó durante muchos años la figura del intelectual en Colombia. La suya es una de aquellas famas de omnisapiencia que crecen y encuentran alimento en un ambiente y entre gentes de alta sociedad, aunque no quiero decir con ello que carentes de cultura. Fue, como ninguno, ese "sabio" criollo oficial, que tanto puede ser un genio como un farsante, cuando no simplemente un hombre culto e inteligente y con múltiples intereses, lo que entre nosotros ya es caso raro. Creo que Uribe White fue ante todo esto último, aunque siempre se

preocupó por alimentar la leyenda de inaccesibilidad y de hombre hurao que mantiene una raya de misterio delante de sus actividades.



Tenía fama de agrio y malgeniado, salvo con sus más allegados, y era pródigo, entre otros muchos, en el arte de ganarse enemigos. Pudo haber dicho que "diversidad es mi divisa", como La Fontaine, por cierto el hombre menos diverso que jamás hubo. Sus múltiples actividades nos lo muestran como algo más que un aficionado a la astrofísica, a la arqueología, a la arquitectura; fue el inventor de un complicado instrumento para ubicar las antenas de acuerdo con la posición de las estrellas, llamado clinosextante, editor, marino, dibujante, traductor, publicista, periodista... en fin, toda una serie de actividades que giraron alrededor de una célebre casa taller, Santa Eulalia, a la que se rinde homenaje en este libro tan coloquial como sentido y lleno de esas heridas que produce la nostalgia por las cosas idas. La casa, que todavía existe, en una de las calles que unen la calle 100 con la avenida a Suba, en una zona hoy completamente urbanizada, era un lote de la hacienda Vizcaya, con una inmensa zona verde. Uribe la bautizó Santa Eulalia por sus antepasados vascos (Santa Eulalia de Begoña). Al entrar se pasaba por un arco muy bajo sobre el cual había puesto un letrero: "Lasciate (la cabeza) voi ch'entrate". Pero lo mejor era la biblioteca de techo inclinado, del tercer piso, que albergaba entre cuatro y cinco mil volúmenes debidamente